

La poesía de Fernando Arbeláez

Escribe: FRANCISCO JAVIER ZULUAGA ZULUAGA

El acto poético —en nuestro tiempo— tiene una característica muy especial. Esta característica, muy a pesar nuestro, es su falta de heroísmo.

La poesía, concretamente la de los últimos tiempos, se notifica por una total despersonalización, por un oscuro homenaje a la abyección. Parece estar definitivamente atada a una malévolas influencia, que la obliga a claudicar, y que carece de valor alguno para liberarse de toda presión extraña.

De rodillas solicita la bendición a los “zanahorias” dogmáticos de una crítica arbitraria, pedante, so pretexto de que se le incluya en antologías de amañados y sospechosos juicios.

El trabajo poético —como trabajo imaginativo— es personal, difícil, agotador y siempre solitario. La crítica que sirve de tablilla de soporte a discutibles reputaciones, dueñas de los medios publicitarios, sin previos conocimientos estéticos, ha prestado un flaco servicio a la cultura nacional. Por falta de su tercera dimensión o profundidad ha terminado por hacer suya el título de aquel famoso poema de Bertolt Brecht: “Malos tiempos para la poesía”.

No obstante que la poesía es “la más inocente de las ocupaciones”, según la feliz expresión de Holderlin, por algo misterioso, por una inexplicable paradoja, le hace una mala jugada a la crítica y a los críticos.

La poesía es la instauración del ser en la palabra —si comprendemos su esencia— como magistralmente lo expresa Heidegger. “Habitar poéticamente significa estar en presencia de los dioses y ser tocado por la esencia cercana de las cosas”. “Poetizar es el dar nombre original a los dioses”.

Por esta solemne arcada de piedra, tan llena de sabiduría como la sabiduría del oráculo griego, nos asomamos al mundo misterioso de la poesía de Fernando Arbeláez, poblado de guerreros negros, de pájaros bermejos, de dragones azulados y de singulares objetos.

Los elementos materiales que constituyen los ingredientes de su mundo poético —casi desnudo de palabras— son la auténtica expresión del hombre culto, del hombre que maneja con propiedad y maestría el complejo mundo de los símbolos que como el manejo de las ideas universales está al alcance de muy pocos. Esta cualidad suya hace más abstracta su poesía, más difícil su comprensión para la crítica lugareña, que no se sabe servir de los principios estéticos y sin los cuales es imposible juzgar una obra de arte y el alcance del poema.

El poeta —por arte de magia— transforma la experiencia humana en poesía, fundiendo el pensamiento mismo en emoción. Sin esta actitud, desde luego Shelley, en sus poemas, no hubiera sentido el giro copernicano. Ni Eliot, el más grande poeta inglés de este siglo, hubiera escrito “Tierra-baldía” y otros de sus poemas donde se expresa la idea de decadencia de nuestra civilización. Otro tanto sucede con el drama de Shakespeare, que se habría quedado sin tema para su obra, si el amor de Romeo y Julieta no se hallare entretejido en la fina tela de una complicada situación política y social.

La poesía de Fernando Arbeláez, concertada en un tomo editado por el Instituto Colombiano de Cultura, especialmente su última producción, está enmarcada dentro de un universo pleno de significaciones, de abundantes sugerencias. Esta significación —como una cuerda tensa que vibra con el viento— es una nota característica de la poesía en general que media entre la poesía de Baudelaire y la poesía de la segunda post-guerra. La nota concreta y característica de su poesía, sin lugar a dudas, es su capacidad para asociar al contenido elementos significativos que giran por fuera de toda esfera lógica.

De aquí que su poesía sea un mensaje dirigido a una minoría. Un mensaje que, como un barco ebrio, se balancea en el mundo de sus poemas. Los poetas viven de sus signos y de sus símbolos. Cuando los símbolos se vuelven comunicables a todo mundo, la poesía pierde su validez y su eficacia. El lenguaje de la poesía es un lenguaje esotérico. Renunciar a esta clase de lenguaje, es abdicar de la poesía misma.

Esta poesía de Fernando Arbeláez, pese a sus críticos y detractores, pertenece a la estirpe de la buena poesía. Todos y cada uno de sus poemas son antológicos y su autor pertenece a la máxima galería de los mejores poetas colombianos de nuestro tiempo.

Poemas de Fernando Arbeláez

EL GUERRERO NEGRO

*Antes del resplandor
la palabra
hija de la voz
persiguió
su terrible naufragio
su corona de luces espléndidas
en lo más negro
negando.
¿Cuándo terminará de caer
en estos mundos?
La luz volverá a la luz
la oscuridad a la oscuridad.
El pescador
lanza la red de nuevo
y así el mundo
permanece.*

EL PAJARO BERMEJO

*Ni un milagro posible
entre este deseo
y el otro
que nos lleva a la tumba.
El punto sin soles
fijo
con la sombra de las cosas
que vendrán.
La huella de un ave
en la pulpa occidua
del sueño.
¿Buscáis otros misterios?
Una saeta
repite el camino
que ha de volver.*

EL DRAGON AZULADO

*Siete vocales
conducen a la luz.
La barca de oro
sobre las nubes
regresa la serpiente
perfecta, las doce alas
de la búsqueda
en ti, en mí,
en esta bocanada
de ventanas hacia el fondo
de lo que roza
el pensamiento
y sucede
sin que el tiempo
mida su golpe.
Deseo de saber
visión, temblor
en cada distancia.
Caída en la piedra
la oscura reflexión
del claro rostro.*

SECUENCIA PARA LOS BRUJOS DE ORO

*Murmura su lengua
de luz
—su aguda lengua inviolada—
el metal murmura
su lluvia
el rayo recto de obsidiana
el celeste fulgor del puma
el secreto solar
la palabra
frescura
el diente de esmeralda
el jaguar de la luna.
Solo un penacho de noche,
su llamarada
última.*

II

*Detrás de la máscara
un rostro más amargo que el oro,
más brillante que los lagos preciosos
del metal entre toda palabra:
un cielo y un infierno
un desacuerdo y la flecha
con su parte en la contienda
del hombre.*

*Forma y lámina del puro recuerdo
hiéreme con la pluma del raxón
que los pétalos de la noche estremecen.*

III

*Se lee el pasado y el porvenir
como una gota persistente, como arena
en los cabellos del aire, como aguja fina
que horada el tiempo con su polvillo de sol.
Indescifrable la fecha profética
entre la leche y la sangre que crepitan
con el metal que el fuego destina a las coronas.*

IV

*Lúcido el pecho del hombre
más los rayos de la frente se curvan
por el estruendo mental, por el peso
que la mano imagina.
El ojo que es sol
—su desnudo frenesí desollante—
alza el árbol
que es ave
que es flor
que es ave
que es árbol*

V

*Reposa el corazón
su ceniza en la sombra
y asciende las gradas lumínicas
hacia lo más hondo
donde la muerte anula
el resplandor de la máscara.*

*La forma destella:
nos pertenece
más allá de la conciencia.*

VI

*Metal intermediario
entre lo abatido y el sueño
entre el embrujo
y la noche dorada.
Altivos los reyes muertos
nos miran:
su desmoronado cetro
sobre otro país.*

VII

*La invariable muerte
ciñe su corona de pájaros
El espacio regular
repite feroces palabras.
Busca otros planetas más allá del cielo
en la sangre. Su música
vibra en las entrañas metálicas.
Belleza. Horror. Ese pequeño círculo
que la vida ata.*

VIII

*¿Quién habla? ¿Quién camina?
El sueño de la gran vegetación sangra sus
/ brillos últimos
con esta flor el espejo de la noche refulge
el espejo de la noche responde al arco silencioso
y el hombre persiste más allá de los metales.
¿De qué sirves belleza mortal
palabra rutilante
ópalo único que anudas las cosas?
Duermen las aves solares su noche de pórvido
las hormigas negras, el búho pescador,
las ranas en las turquesas olvidadas.
Amanecen los brujos de oro
contra el tiempo.*